



# ELAS

**Manuel Alcalá s.j.**

*Título original:* Les invasions barbares.

*Guión y dirección:* Denys Arcand.

*Intérpretes:* Rémy Girard (Rémy), Dorothee Berryman (su ex-mujer Louise)

*Premio Oscar:* Mejor película extranjera.

El primer largometraje de Arcand, *El declive del imperio americano*, era una crítica despiadada de la civilización primermundista que lleva consigo gérmenes de desintegración para la cultura de occidente. Mucha parte del éxito del filme se debió a su temple desenfadado y agresivo. A ambos se sumaron gran número de espectadores de temple tradicional

y hasta conservador, porque se veían bien reflejados en el relato.

La crítica de Arcand se volcó luego sobre el tema religioso en su excelente filme *Jesús de Montreal* (1989), un redescubrimiento de la figura de Cristo en el mundo secular de hoy. Más tarde el bisturí visual de su cámara analiza, en inglés, el drama subversivo de B. Fraser, *La verdadera naturaleza del amor* (1995). Al año siguiente vuelve a triunfar con *Joyeux calvaire*, colaboración televisiva sobre los pobres sin hogar, perdidos en la gran ciudad. Finalmente, *Stardom* (2000) analiza con rabia la obsesión del estrellato en el mundo mediático actual, logrando gran aceptación de crítica y público.

En "*Las invasiones bárbaras*" Arcand regresa a la temática del declive imperial americano quince años después. Lo hace para reafirmar su postura crítica y convencido de que la decadencia toca fondo y presenta síntomas de putrefacción. Para esto, sitúa el relato en un hospital de Montreal, donde está internado un paciente terminal. Al tratarse de un divorciado, su ex-mujer avisa al hijo que vive en Londres e intenta comunicarse en Internet con la hija que navega por el Pacífico. El hijo, eficiente ejecutivo, acude, a pesar de sus tensiones con el padre y logra, mediante constantes sobornos, no sólo habitación individual en un hospital supersaturado, sino además una asistencia de primera calidad. Por si fuera poco, en otro gesto de reconciliación, invita a los viejos amigos y amigas de su padre e incluso a una de sus viejas amantes, a ir al hospital y acompañar a quien es, en realidad, un tremendo solitario eufórico. El grupo se traslada finalmente a una villa, al borde de un lago, donde ocurre el fallecimiento del enfermo por la eutanasia provocada.

El relato describe con extraordinaria soltura, enorme desparpajo y constante cinismo, dos enfermeda-

des paralelas. Ante todo, la personal del protagonista, pero también en un primer plano, la social de todos los que le rodean. Arcand se recrea denunciando, con pequeños detalles visuales o recurriendo al lenguaje desenfadado y a veces grosero, las actitudes y talentos de una sociedad permisiva que viola todas las escalas de valores del mundo tradicional. Sin embargo, es tan hábil la denuncia que no produce asco, sino momentos de auténtica compasión y hasta ternura. Por encima, pues, de la decadencia expresada en las conductas presentes y pasadas de los intérpretes, aparece un fondo de auténtica humanidad, que por cierto es distinto en cada uno de ellos.

Sin duda que ha ayudado al director la elección del equipo de intérpretes. Cinco de ellos habían ya colaborado con él en *El declive del imperio americano* y dos en *Jesús de Montreal*. Se advierte, pues, en la marcha del relato una cierta complicidad que llena de comicidad varias secuencias de dudoso gusto, pero que evitan caídas mortales de tono.

Por eso, es aleccionador el análisis de esta película al hilo de la anterior. El tono de jovialidad que aparecía en la primera ha desaparecido ahora. Varios problemas, entonces esbozados con cierta euforia, adquieren ahora una aceleración imparable y señalan una situación futura más que inquietante.

Denys Arcand tenía dos caminos para afrontar el serio tema de fondo: la tragedia y la comedia. Ha preferido el segundo que a veces puede resultar tan eficaz como el primero. Ya dijeron los clásicos que las costumbres podían castigarse, en el sentido crítico, con la risa o con el llanto. En todo caso, se critican y, por eso, el director canadiense resulta un auténtico moralista, en el mejor sentido de la palabra.

Manuel Alcalá s.j., \*Crítico de cine

